



Franz y Fontaine son dos aguafiestas en medio de la actual bonanza chilena. ¿Si ahora nos va tan bien, por qué nos dicen que volvamos la mirada a un pasado de horror, triste y sombrío?

La dictadura en la sombra

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Dos novelas chilenas, *La vida doble* de Arturo Fontaine (Alfaguara, 2011) y *Almuerzo de vampiros* de Carlos Franz (Alfaguara, 2007), muestran que los durísimos años de la dictadura de Augusto Pinochet siguen deambulando, cual fantasmas insomnes, en la bonanza económica que caracteriza al vecino país del sur desde principios del siglo XXI. Ambos novelistas se encargan de presentar la idea de que existirá un lazo entre ese pasado pobre y turbio y este presente rico e iluminado. En las dos novelas se narra desde un presente un pasado oscuro, nocturno, caracterizado por las calles vacías y la aparición de conductas perversas y sádicas. Generalmente lo hacen en calabozos o en *boîtes*, tabernas o clubes nocturnos. En las dos novelas hay un corte oficial entre esos momentos de la historia chilena, evidenciado en la separación de los capítulos. En el caso de Carlos Franz, unos aluden al presente y otros al pasado, y en el caso de Arturo Fontaine se narra desde la distancia geográfica, pues la historia es contada en Suecia, donde radica, exiliada, la protagonista. Ella acepta conceder una larga entrevista —que a la postre será la novela— con el propósito de

hacer un reportaje o una obra de ficción de su desgarrada historia.

La novela de Carlos Franz se ubica en tiempo presente en la terraza de un restaurante de moda santiaguino llamado Le Flaubert. En aquella terraza se citan dos amigos: uno que viene de vacaciones a Chile, antiguo exiliado, y otro, una especie de residuo de los años revolucionarios y de la consiguiente represión que él añora, curiosamente. Esos tiempos, si no fueron los mejores, mostraron lo mejor y lo peor de la sociedad chilena. Fueron, además, los años de su juventud dorada. El narrador bautiza a este personaje, políglota e ilustrado, que se niega a engancharse en la bonanza chilena, Zósima, igual que el austero monje ruso que aparece en la novela *Los hermanos Karamazov*.

El personaje central de la novela de Arturo Fontaine, en cambio, es más complejo: se trata de una mujer que se pasa del bando revolucionario al de la represión, traiciona a sus compañeros y, en principio, goza del oscuro arte de la delación. Es una soplona. Se corrompe a sí misma cuando convive con sus torturadores. “Irene” o “Lorena” es presentada en cuatro grandes momentos de su vida:

de niña, con su padre amoroso; de joven, revolucionaria e idealista; después de su captura, traicionera y lujuriosa, cínica y, por último, cansada y enferma, refugiada en Estocolmo.

En las dos novelas, los personajes principales se ubican alrededor de la autoridad fascista vigente: son policías, detectives, expertos en reprimir, "tiras" que trabajan en La Central de Inteligencia. Son de mando medio. Personajes que provienen de una clase media poco ilustrada o de la clase alta que se engancha en ese ámbito una vez instalada la dictadura. La dictadura propicia un estilo de vida. O uno se acomoda con ella o la combate en la clandestinidad. Y este es uno de los estilos: convertirse en agente de la represión, trabajar para el gobierno de facto. Ese aspecto es interesante: ambos escritores indagan en el infierno de los calabozos represivos, en esas celdas sin luz, siguiendo paso a paso la metodología sórdida de sonsacar información.

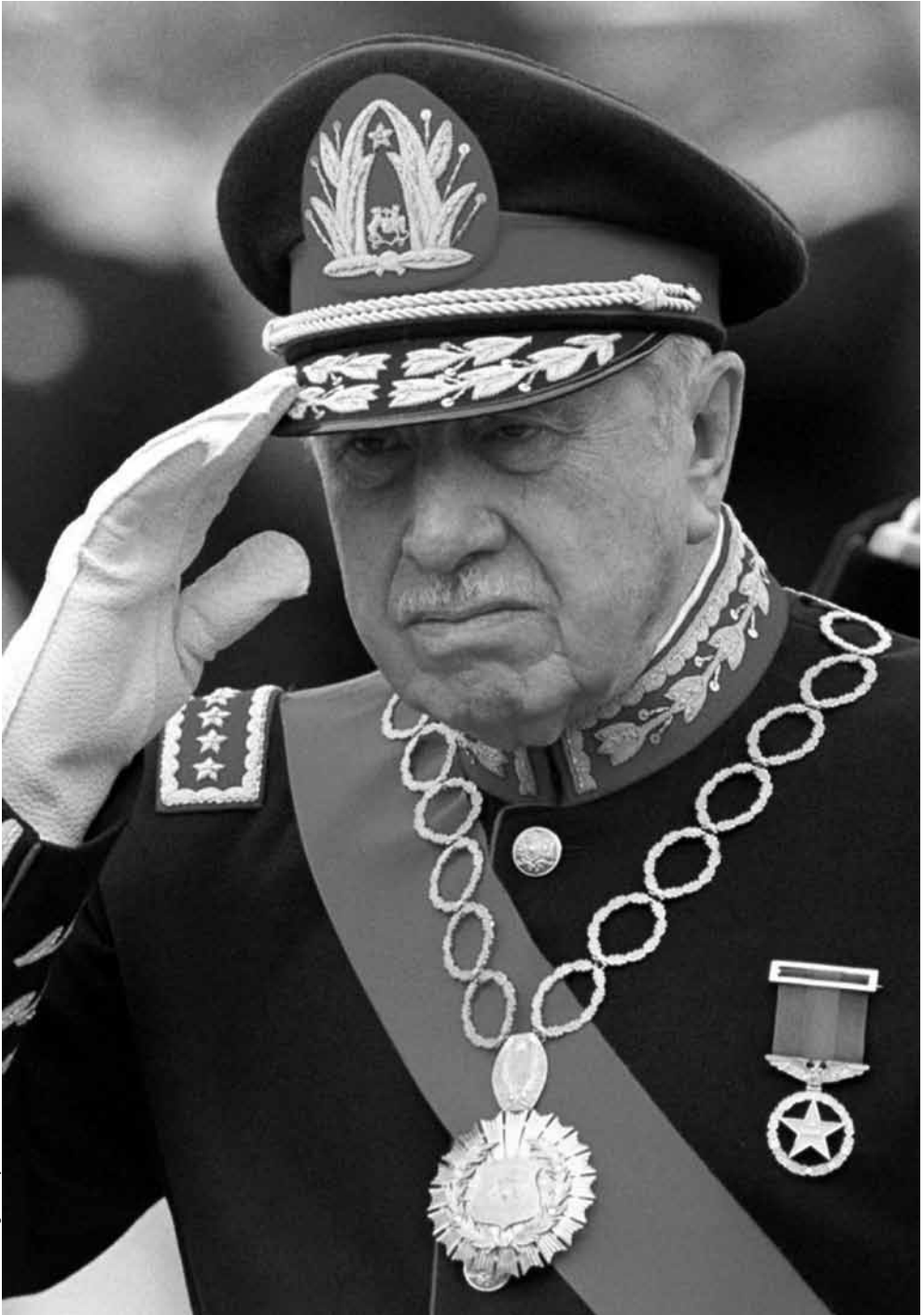
De acuerdo con el periodista e historiador chileno Manuel Salazar en su libro *Las letras del horror*, tomo I: "La DINA" (LOM ediciones, 2011), las técnicas represivas aplicadas en el país del sur provienen de los franceses: la noción de lucha contra la guerrilla se origina en su experiencia colonial en Vietnam, Camboya y Laos, y aquella de la tortura para alcanzar la confesión del detenido, en la guerra colonial contra Argelia a mediados de 1950. Posteriormente, el Brasil juega un papel clave en la noción implementada por Estados Unidos en Sudamérica: la idea de seguridad nacional los llevó a exportar a muchos de sus técnicos especializados en

el infernal arte de la tortura, y gran parte de ellos van a Chile en las primeras horas del golpe y participan como consultores en el Estadio Nacional de Santiago.

EL SEXO DE LA REPRESIÓN: VANESSA E "IRENE"

La mirada con la cual ambos novelistas se acercan a las oscuras épocas de la dictadura va de la mano con una visión sórdida del sexo. Podríamos decir que la dictadura degrada el cuerpo. Lo humilla y lo doblega. Se trata de un cuerpo sofocado por la noche, la droga, el humo y el licor. *Boîtes* o tabernas ahogadas por una pasión que se transmite mediante la sujeción y el dominio. Las dos novelas son recorridas por la turbia atmósfera de la película *Portero de noche* dirigida por la italiana Liliana Cavani justo a mediados de la década del setenta, donde Dick Bogard reconoce a su presa durante una de las noches que trabajaba de portero en el hotel, una mujer que de adolescente fue su esclava sexual en un campo de concentración que él administraba durante la Segunda Guerra Mundial. El parecido de Charlotte Rampling en esa película con Vanessa, la putita colegiala de la novela de Carlos Franz, es impresionante: ambas son unos estropajos al servicio de sus dueños.

El hecho de que el personaje central de la novela de Arturo Fointaine sea mujer, hace que esta sensación sea más intensa. Sus amores durante su época revolucionaria pueden ser calificados de románticos, despojados incluso de la pasión del sexo. Parece amor infantil, como si la tarea clandestina de socavar a la dictadura



biografías y vida.com

Pinochet fue la figura central de la tragedia chilena: duró diecisiete años y el gobierno de Allende tan solo tres. ¿Qué ocurrió durante ese largo período? ¿Cómo se vivía?

fuera propia solo de los jóvenes, no de los adultos. Amores cantados... "Qué culpa tiene el tomate..." Canciones de Mercedes Sosa alrededor de una fogata en las afueras de Santiago. Pero cuando ella vive la experiencia sexual en el bando de los torturadores, todo vínculo con la realidad es a través del sexo sórdido. No me refiero únicamente al sexo como parte fundamental de la tortura a través de las constantes violaciones. Incluso la relación que "Irene" sostiene con un hombre casado, el intelectual del aparato represivo, el jefe del grupo, el Flaco Artaza, es con un tipo que la convence de tener sexo con otros colegas para que él pueda gozar viéndola. En la novela de Carlos Franz, el grupo de "tiras" se entretiene con Vanessa, una putita que si bien es sexy, es básicamente una mujercita de hueso y pellejo; flaquéisima, casi una niña que surge en las noches para complacerlos vestida de colegiala. Una puta colegiala. Una puta, y para que no haya duda, la muestra en un espectáculo haciéndole una felación a un corpulento hombre de origen peruano japonés.

Puedo estar forzando una interpretación, pero sin duda ambas novelas sugieren que el espíritu revolucionario corresponde a una edad: son personas idealistas que se han metido en cosas de grandes, que no conocen los mecanismos engarzados a la política, a los grandes intereses económicos y geopolíticos, a la lógica que dividía al mundo en la Guerra Fría; sobre todo no conocían los sofisticados aparatos represivos que se formaron bajo el auspicio y con el respaldo de las potencias occidentales. "Irene"

o "Lorena", los alias del personaje de Fontaine, se quiebra después de haber sido torturada por segunda vez, cuando la amenazan con matar a su hija. Deja ese pasado romántico y revolucionario para prostituirse al interior de la maquinaria de la dictadura, en los calabozos de la represión. Ella vende su alma, pero sobre todo su cuerpo: vende su conciencia, su ideología, para transformarse en uno de ellos. La putita colegiala encarna, a su vez, la humillación del mal en el cuerpo de la niña. Tiene que ser una niña. La revolución es cosa de niños. De niños que piensan que pueden cambiar el mundo. Y esa niña es el juguete de ese grupo que trabaja para la dictadura. Ellos son los encargados de mancillarla y envilecerla.

Resulta interesante este recorrido nocturno por los diecisiete años que dura la dictadura de Augusto Pinochet. La memoria retiene, sobre todo, los primeros meses de represión, caracterizados por el horror y el salvajismo, incluso llevada a cabo con poca técnica. Esos años iniciales se parecen a aquellos en que los nazis no sabían cómo eliminar a tanto judío que venía en los trenes y se agolpaban en las estaciones finales de Polonia. Algo parecido ocurre en Chile. La Central de Inteligencia, en la novela de Arturo Fontaine, utiliza durante toda la década de 1980 los conocimientos científicos de la represión política no para matar indiscriminadamente como al inicio, sobre todo entre 1973 y 1975, sino para reprimir de manera selectiva y llegar, al final, a las cúpulas de los movimientos sediciosos que atentan contra la dictadura. La Central tiene una burocracia conformada por cuadros

calificados, mandos medios, técnicos, jefes.

Imagino que durante todos esos años hubo dos vidas en Chile: la diurna, la del capitalismo expansivo en las altas esferas, propio del *boom* económico promovido por los Chicago Boys; y la de la noche, la de la represión, la vida de aquel reino de tinieblas, tan propio de estos mandos medios del aparato de la tortura: los jefes, los mensajeros del mal, pero que actuaban dentro de una burocracia organizada institucionalmente. Imagino también que esas dos vidas no se conocían y discurrían por vías paralelas. Ambas novelas muestran el vínculo, los lazos de sangre que las unen. En la novela de Fontaine, por ejemplo, una de las preocupaciones del Flaco Artaza es ascender en la Central de Inteligencia y poder así matricular a sus hijitos en el colegio. Él vive dos vidas: la del Chile rico y la del Chile del horror.

HÉROES SIN TUMBA: “EL HUESO” Y “EL MAESTRITO”

Las dos novelas recrean el vínculo entre el pasado y el presente a través de dos personajes misteriosos, que no se sabe a ciencia cierta si están vivos o muertos, si han desaparecido o siguen actuando en la clandestinidad. En ambas novelas, los héroes no tienen tumba segura. Puede ser que sigan vivos. Puede ser que encarnen y representen todavía los ideales de la Unidad Popular; incluso, es probable que aún estén activos. El caso más político es el del personaje conocido como el comandante Joel o el comandante Iñaki, líder del Movimiento Hacha Roja y conocido

en la Central bajo el alias de “El Hueso”. “El Hueso” es el líder máximo de la organización clandestina Hacha Roja (muy parecida al MIR), que sigue actuando mediante cuadros cerrados y especializados que realizan atentados tras la derrota de la Unidad Popular en 1973. Allí milita “Irene”. “Irene” ha conocido la voz de “El Hueso” en una de las reuniones clandestinas (estaban vendados), pero nunca lo ha visto. Es una leyenda de la resistencia.

En la novela de Carlos Franz, el personaje conocido como “El Maestrito” tiene semejanzas con un profesor de la INBA (Instituto Nacional Barros Arana), donde estudiaron tanto el narrador como Zósima, que recuerdan conversando en la terraza del Le Flaubert. Se llamaba Polli. Polli era el típico profesor de colegio que despierta la conciencia social en sus alumnos. El lazo que existe entre el profesor Polli y “El Maestrito”, diminutivo que lo rebaja y lo convierte en un bufón del grupo de los “tiras” por su inaudita capacidad de contar chistes, puede interpretarse como el deterioro del héroe, o del revolucionario que, de profesor comprometido, antes de 1973, pasa a ser el bufón de la corte de esos personajes que se reúnen, a lo largo de la dictadura, en la barra del bar El Olivier. El Olivier es la noche y la terraza del restaurante Le Flaubert es el día. El equivalente de El Olivier, en la novela de Arturo Fontaine, es el Wild Cat. En El Olivier se reúnen estos cuadros represivos, liderados por Lucio Echeverría Covarrubias, un hombre alto, rubio, más bien pelirrojo, lo que en Chile se conoce como “colorín” y en el Perú como “colorao”.



Arturo Fontaine revela la historia chilena reciente a partir de una historia real: una revolucionaria delatora exiliada en Suecia, y recurre a la entrevista como estrategia narrativa.

Polli ha sido profesor de los dos: de Lucio Echeverría Covarrubias, ese fascista, y del narrador, que en las oscuras épocas de la dictadura era un joven taxista que deambulaba por las noches del toque de queda y lleva a Vanessa, la putita colegiala, a El Olivier, y allí es donde conoce a los miembros de ese grupo. “El Maestrito” le entrega una tarjeta: “Víctor Jiménez-Polli (R)”. “El segundo apellido es el mismo

que le conocí al profesor original”, dice el joven taxista, pero no se trata de la misma persona. Es una copia falsa. Una parodia. Y este personaje, “El Maestrito”, va a elaborar un guion que se llamará “La gran talla de Chile” a solicitud del líder del grupo, Lucio Echeverría Covarrubias: talla significa chiste en Chile y también se refiere al órgano viril masculino. ¿El gobierno de Allende y su posterior represión

será un chiste o una verga descomunal? ¿Será la talla de la Unidad Popular? ¿La talla de esos años duros, tristes, represivos que duraron tantos años, más de quince? ¿Será Allende convertido en una talla contada por esta ruina que en un tiempo pudo haber sido el profesor Polli? ¿La talla de la historia de Chile? Esta historia nunca se lleva a cabo en la novela. El guion no se escribe. Pero es el alma de la novela de Franz.

“El Hueso” de la novela de Arturo Fontaine sí existe y vive en la clandestinidad. Es capturado en una gran balacera nocturna durante el operativo Jabalí que irrumpe en la casa en la que se esconde. Se trata de un hombre mayor, encanecido, que vive con su madre y una guardia personal, reducido como está en una silla de ruedas. Un balazo, de joven, lo dejó parálítico. Un balazo absurdo. No un balazo por motivos políticos. Un balazo por celos en una fiesta de graduación en Cuba, luego de culminar sus estudios de medicina. Estaba por partir con el Che a Bolivia. Después de dos años de haber estado recuperándose en un hospital cubano regresa a Chile a participar de los mil días de Allende y, con el golpe de 1973, ingresa a la clandestinidad; pero lo hace disminuido físicamente, como si de Cuba no se pudiera llegar en la plenitud de la forma.

“Irene”, que forma parte del equipo que lo captura, lo hiere de muerte antes de escapar ella misma. El lema que dice “mejor muerto que vivo”, y que ella no fue capaz de cumplir porque fue atrapada con suma facilidad, sigue vigente.

Es lo único bueno que hace ella después de haber traicionado, colaborando con tenacidad en la captura de sus amigos de Hacha Roja como “el Rafa”, “Max” y “El Espartano”.

Después de la balacera, y gravemente herido, “El Hueso” alcanza a sostener un intercambio de palabras con uno de sus captores: “Ganaste —le dice—. Llévate tu victoria, asesino cabrón, llévala a tu fétido cuartel. La gloria queda aquí, con nosotros”. Joel Ulloa o el comandante Iñaki, “El Hueso”, ha muerto. “Irene” fuga y se exilia en Suecia. Los días en que había que “desratizar el país” de los llamados terroristas han dado paso a una democracia negociada, al plebiscito, a la concesión política con Pinochet y a la cómoda y soleada terraza del Le Flaubert, donde no se habla ya del incómodo pasado, donde los empresarios ríen pletóricos y se brinda por el éxito de la economía chilena.

P. D.: Cuando Abimael Guzmán Reynoso fue detenido en la casa de Surco, en Lima, en septiembre de 1992, le dijo a su captor Antonio Ketín Vidal que su captura solamente era “un recodo en el camino”, sugiriendo que la guerra continuaba. Florindo Flores Hala, conocido como “Artemio”, el líder senderista que actuó hasta febrero del 2012 en la zona del Huallaga, fue detenido gracias al trabajo de la Dirandro, que infiltró a cuatro agentes especiales. Ellos juraron ante esa Dirección y la DEA entregarlo vivo o muerto. Uno de ellos, identificado con el nombre falso de Sebastián Lingán Rodas, fue el que disparó e hirió a “Artemio”. Su cabeza valía cinco millones de dólares. ■